

ARTE TEXTIL E INDUMENTARIA

EL ESTUDIO DEL ARTE TEXTIL MOCHICA se presenta difícil, por no contarse hasta hoy con especímenes suficientes para acometerlo satisfactoriamente. El considerable tiempo transcurrido desde la época de su florecimiento, la penetrante y continua humedad del suelo norteño, en su mayor parte salitroso, y la falta de sustancias que hubieran protegido esas telas contra la acción destructora de los agentes naturales han impedido que lleguen hasta nosotros en su integridad. Telas mochicas burdas y completamente carbonizadas han sido halladas, muy raras veces, con los cadáveres. Nosotros, de una profunda tumba mochica, ubicada en las inmediaciones de las huacas del Sol y de la Luna, en Moche, pudimos recoger un insignificante fragmento de tela más o menos fina. El dibujo insertado en la figura No. 196 es lo único que pudo librarse de la reducción a polvo al menor contacto, como sucedió con el resto. Dicho fragmento se conserva en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera, rodeado de todas las precauciones posibles para evitar su desaparición.

Aparte de este único material, que algo puede decirnos, contamos con otros de índole netamente artística y utilitaria que auxilian mucho: las esculturas y pinturas del arte alfarero y los instrumentos textiles exhumados de los necrófagos.

En lo que se refiere a las pinturas y esculturas, observamos una riqueza enorme de escenas donde las gentes mochicas aparecen luciendo una gran variedad de indumentos que van desde los más sencillos hasta los más complicados. Dentro de ellos contamos con la presencia de ciertos estilos y tendencias decorativas que nos hablan terminantemente de las influencias en civilizaciones posteriores a las manifestaciones culturales mochicas. Así, se nos muestran vestidos que son similares a los que emplearon los chimús, expresados en su cerámica y en sus telas exhumadas, similitud que todavía se deja entrever con marcados rasgos autóctonos,

entre los tejidos que hasta ahora conservan los habitantes del interior, para lo que se valen, como luego veremos, de la misma tecnología ancestral. Y no solamente ha quedado la forma misma, sino la combinación colorista y el motivo decorativo. Esta misma modalidad se desborda también en los instrumentos textiles que han sido sacados de los cementerios prehistóricos, cuya analogía es grande en relación con los que están aún hoy en uso.

Según lo dicho, no podremos por ahora sino iniciar estudios generales y de comparación, y dejaremos de lado el de la técnica, que no contaría con suficiente respaldo científico.

En efecto, dentro de la pictografía mochica contamos, en primer término, con un documento de gran valor: la pictografía copiada de un vaso mochica, existente en el Museo Británico (Fig. No. 197), que ha publicado anteriormente el doctor Julio C. Tello y presentado la doctora Rebeca Carrión Cachot muy erradamente como “el taller de arte textil de las mamaconas”, institución incaica fundada por los gobernantes del Tahuantinsuyo, decenas de siglos después de la desaparición de la civilización mochica. Dicha lámina no es otra cosa que la prueba más fehaciente de la existencia de establecimientos textiles mochicas y de la importancia que alcanzaron. Primero haremos una descripción de tan valiosa pictografía, para después entrar en su comparación con los telares chimús y con los de los indígenas de hoy.

En lugares perfectamente enmarcados, aparecen las tejedoras con sus telares sujetos a horcones por la parte superior, y a sus cinturas por la parte inferior. Dichas tejedoras, cuyos rostros delatan alegría, se nos ofrecen tramando los hilos sobre la urdimbre templada. El “tramador”, que aparece indistintamente, ya sea en la mano izquierda o la derecha, nos revela la habilidad en el manejo de ambas. Con las tejedoras encontramos vasos de cerámica que contendrían líquidos, alimentos o

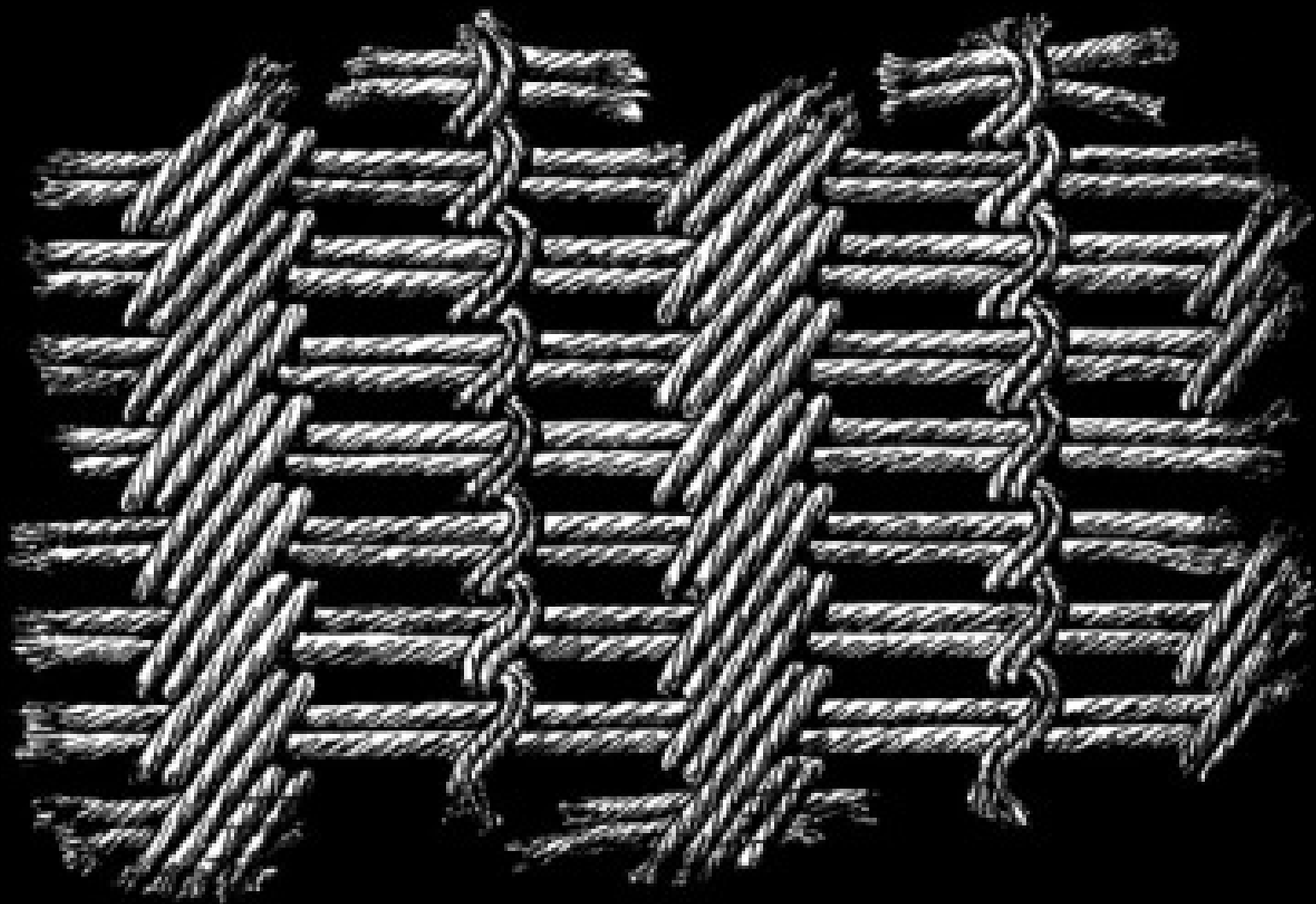


Fig. No. 196.- Importante detalle de técnica textil, obtenido de un fragmento único que se conserva en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Fue extraído de una profunda tumba mochica en la Huaca de La Luna, Moche.



Fig. No. 197.- Escena pictografiada de un vaso mochica de un importante taller textil.
Museo Británico (Tomada de *Moche Fineline Painting* / Christopher B. Donnan & Donna McClelland)

menesteres del tejido y, además, pedazos de telas independientes del telar que formaban parte de indumentos y que servían de patrón. Los husos que aparecen en buen número en el suelo, separados unos de otros, nos prueban la variedad de hilos empleados en el tejido, variedad que no sólo estuvo referida a su calidad en grosor sino a su colorido, encaminado a contrastar bien los motivos de adorno.

Los telares amarrados a los horcones nos ofrecen también un dato importantísimo sobre el legendario empleo de las fajas policromadas que se usan todavía. En amplias habitaciones, contiguas a la de las tejedoras, vemos a otras mujeres ocupadas en diversos menesteres: están recibiendo alimentos y frutas. Su severidad e indumentaria nos hacen suponer que eran grandes señoras bajo cuya vigilancia y mando se confeccionaban los vestidos más primorosos. Esta particularidad nos trae a la memoria una original costumbre todavía en pie en el interior del país. Las señoras acomodadas hacen llamar a varias tejedoras de la chacra para que les hagan frazadas, ponchos o alforjas en su propia casa. A más de darles

todos los implementos necesarios para su trabajo y pagarles su salario, las atienden muy bien con comidas y regalos. ¿No será esto un rezago de la antigua costumbre mochica? Es muy probable.

En la parte superior vemos que algunos de los recintos albergan a las tejedoras, y apreciamos además prendas de vestir a medio confeccionar. Esto nos induce a creer que en este establecimiento se confeccionaban característicos y generalizados indumentos, cuyos adornos se muestran primorosos en algunos personajes escultóricos de importancia. También hemos podido identificar dichos indumentos en una serie de vasos, como el que aparece en la figura No. 198. El personaje se está probando una prenda, extendiéndola sobre su pecho y estirándola a la altura de sus hombros. Esta costumbre tan particular subsiste aún entre los modernos indígenas.

Conviene hacer presente, de otro lado, que el lugar donde se encuentran las tejedoras no son habitaciones. Siendo indispensable para esta faena abundante luz y espacio suficiente, tanto el indígena primitivo como el



Fig. No.198.- Escultura que nos muestra a un individuo en el momento de medirse una camisa, cuya exornación es muy característica.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (037-004-005)



Fig. No. 199.- Mientras llega el comprador de sus cazuelas de cerámica, la anciana indígena se dedica a torcer los hilos para una prenda futura.

de hoy saben procurarse estos dos factores necesarios construyendo las llamadas “tasajeras”, hechas de cuatro horcones con sus respectivos travesaños y de sencillos techos de enea o fajina, que solamente les libraba del sol quemante. Pues cuando más, las tejedoras se sitúan en las galerías de sus casas o en amplios patios, pero siempre prima el lugar de luz fuerte, gran ventilación y amplio espacio.

Para comprender mejor este rasgo tradicional de la supervivencia de los antiguos métodos textiles, veamos en seguida cómo se hacen los tejidos hoy en el interior del departamento de La Libertad, que es el sector más estrechamente vinculado desde la antigüedad a los llanos mochicas.

El hilo de lana es torcido a mano por mujeres de

todas las edades (Fig. No. 199) en los momentos que no se dedican a los quehaceres domésticos.

La primera faena del tejido se refiere al urdido, después de haber preparado anticipadamente los hilos. Para esto se colocan dos estacas de madera o hierro a una distancia acorde con el tamaño del tejido que va a emprenderse –de 4 a 5 varas, según sea la talla de la persona, si se trata de hacer un “poncho”–. Sobre ambas estacas se colocan los “chiches”, que son hilos doblados por su parte media y que, cogiendo las partes libres, se hacen pasar por el doblez, como por una argolla, para ajustarlo a la base de cada estaca. Uno de los extremos libres –el que queda en la parte superior– se levanta paralelamente por la parte externa del lado posterior de la estaca y se amarra, enrollado fuertemente, sobre la cabeza de la estaca, y queda el otro libre para “chichar” (ajustar) el urdido. Detrás de cada estaca, bis a bis, se colocan “las urdidoras”. El extremo del ovillo de la urdimbre se anuda sobre uno de los brazos de los “chiches” ajustados a la estaca y se hace correr el ovillo hasta el otro extremo para que lo recoja la urdidora, que vuelve a devolver el ovillo en sentido contrario al que salió, después de ajustarlo con su “chinche” respectivo; lo mismo hace la otra urdidora, cambiando siempre el sentido del hilo, de suerte que quedan cruzados. Cuando se termina de urdir, con ambas manos se separan los hilos que quedan a uno y otro lado de las estacas, juntando el cruzamiento formado a uno de los extremos. Se amarra seguidamente con una argolla de hilo, denominada “lagua”, que comparte los hilos en partes iguales a uno y otro lado, a fin de evitar que se enreden.

Inmediatamente después de haber compartido bien los hilos, de asegurar el urdido en sus extremos a los “maichaques” –dos palos que tienen “cungas” en sus bordes y bocas–, se “chugaya”, es decir, se efectúa la verdadera separación de los hilos para que quede libre la “lagua” y no se produzcan enredamientos en la labor del tramado y formación del tejido. El “chungay” es un palito delgado y largo con “su hilo grueso”, sobre el que se va “illawando” los hilos uno por uno con la ayuda de una aguja de arriero. Después de “chugayado” se coloca a uno y otro lado del “tallco” y la “callua”. El “tallco” es un palo redondo y la “callua” (Fig. No. 200) un instrumento plano flechiforme, exageradamente alargado. La finalidad de estos dos



Fig. No. 200.- Joven tejedora pasando con atención esmerada el TRAMADOR y deslizando cuidadosamente la CALLUA.



Fig. No. 202.- Otra vista de las tejedoras indígenas de nuestros días, frente a sus telares genuinos, manejando hábilmente la CALLUA. Nótese el PARTIVÁS alrededor de la cintura y la disposición de los MAICHAQUES.



Fig. No. 203.- Nuestra moderna tejedora en el instante de ROQUEAR el tejido para separar bien el cruce del urdido y dejar libre la LAGUA.



Fig. No. 201.- La misma tejedora utilizando la CALLUA, después de haber pasado el TRAMADOR y roqueado los hilos.



Fig. No. 204.- Indígena contemporánea tejiendo: la CALLUA levantada en momentos de pasar el TRAMADOR, que está en manos de la mujer. El telar es idéntico a los que aparecen en la interesante pictografía de la figura No. 197.